

De mi vientre nace la ciencia

Por: Alexa Nahomi Esparza Dorado

Hoy no vengo a hablar de cifras ni de estadísticas, cualquier número es insignificante e irracional, cuando queremos hablar de la cantidad de mujeres que quebraron su voz, aquellas colibrís que despojaron sus colores y sus almas enjaularon.

Hoy vengo a hablar del fuego que yace en cada vientre, la cuerda que conecta una vida con otra, encendiéndose vorazmente entre las sofocantes palabras de “esto no lo puedes hacer”; fuego que arde en cada mujer mexicana que ha decidido desafiar la historia, que ha decidido mirar a la ciencia no como un privilegio, ni un inalcanzable deseo, sino como un derecho.

Porque durante siglos, se construyó un lugar prohibido, un lugar desolado de luz, un bosque oscuro, casi como un cuento de hadas; asegurando, sin tartamudear que el laboratorio no era lugar para nosotras.

Que la física era demasiado compleja, desconociendo la velocidad, gravedad, fuerza y magnitud que flecha y aterriza a cada humano.

Que la medicina requería una mente “más racional”, un amplio panorama para quienes pudieran retener más información, sin cuestionar una decisión de vida o muerte y poder determinar cualquier anomalía.

Que la ingeniería era única y exclusivamente de hombres.

Y henos aquí, nosotras, con bata blanca o sin ella, arrastrando cadenas y con un sólo hilo de voz, respondimos: ¡Aquí estamos!

La voz de María del Carmen Mondragón idolatró y compadeció los corazones de piedra que se arraigaban de un sólo pensamiento, moldeó y trabajó arduamente, cómo un cincel que talla una escultura, perfeccionando cada letra en una sola habla.

No seamos ignorantes, ante una mente brillante como la de Esther Orozco; así como un buen detective busca ante las cosas más sencillas y sin importancia, la Química Orozco llevó su visión a un campo más pequeño, más microscópico; estos pequeños verdugos que rasgan cual cuchillo a mantequilla a nuestro interior fueron juzgados y clasificados por una mujer, aun llevando tal hazaña, también terminó siendo juzgada.

Una dulce mirada, profunda y cálida de Julieta Fierro, benditos ojos que atravesaron la atmósfera, incontables esferas de fuego, agua, gas; abrieron un espacio infinito en su corazón, su cultura y raíces la llevaron a observar cada pelea sellada en el cielo.

Exploren el mundo mis pequeñas muñecas Lelé, sus trenzas coloridas rodean el mundo, abunden su curiosidad y pregúntense “¿por qué?”, no olviden hacer oídos sordos al sabiondo que afirma: “porque así es”.

La ciencia no tiene género.

Nadie nunca más dictará que así debe ser.

La historia lleva una pieza de cada una de nosotras, y si las juntamos todas un lindo marco adornará nuestra nación.

Hoy, las escribimos con tinta de conocimiento, con ecuaciones, con telescopios, y con microscopios; griten con toda fuerza hermanas mías ¡No somos excepción, somos revolución!, no llenamos espacios vacíos, transformamos a nuestra visión lo que ocupamos con gran labor.

Maestras, hagan de cada aula una zona libre de miedo, abran las puertas a quienes están abajo, pinten los lienzos en blanco, hagan a las letras y números cantar y bailar. Químicas, nunca encuentren un límite, observen cada gota de lluvia que riega el sembradío y cada bacteria que pertenezca a una flora. Delegadas, representen la paz, alcen su voz a un lugar donde no sólo se escuche, sino que se respete.

Porque cuando una mujer mexicana entra a la ciencia, no entra sola, entra con sus abuelas, hermanas e hijas, lleva consigo la historia de un país que aún duda, pero que poco a poco empieza a creer.

Así que sí, somos científicas, somos volcán, somos raíz y somos futuro. Si alguna vez el mundo vuelve a dudar de nosotras, que escuche el eco de nuestras pisadas, que sienta el temblor de nuestras ideas, que vea cómo nuestras manos transforman lo imposible en certeza. Porque ya no somos sombra de nadie, somos luz propia, las que preguntan, las que descubren, las que enseñan, las que sanan y las que construyen.

No se rindan, no callen, no se escondan hermanas; sigamos sembrando estrellas en cada aula, en cada laboratorio, en cada rincón donde ante quienes nos dijeron que no, el universo también nos pertenece, cuando un vago ser te pregunte ¿por qué lo haces?, responde con firmeza: porque mi voz también merece ser escuchada, porque mi mente también merece ser celebrada y porque mi historia también merece ser contada.

Tú, que todavía dudas, cierra tus ojos, calla y sube al cielo, enfoca al microscopio e ilumina el corazón de cada una de nosotras que decidió cambiar el mundo ya que, si bien, de mi vientre nace la ciencia, también nace la esperanza, la resistencia y el porvenir.

“La ciencia también se escribe con sangre, con rabia, con ternura.”

“No nací para ser madre, pero parí ideas, parí ciencia, parí futuro.”